

estuvo completamente vinculado desde sus comienzos a la afirmación de una Argentina liberal en la cual su producción intelectual como judío-argentino pudiera desarrollarse sin «mayores incomodidades».<sup>1</sup>

*Los gauchos judíos* puede ser considerado así como otro de los textos claves dentro del conjunto de los publicados con motivo del Centenario, entre otros, por Ricardo Rojas, Manuel Gálvez y Leopoldo Lugones. Una salvedad, claro está, se impone en este caso: Gerchunoff no podía trabajar, como harían los otros, a partir de la evocación nostálgica de un pasado que los efectos de la modernización y su consecuencia más importante, la inmigración, estaban desintegrando. Su circunstancia personal estaba lejos de ser la de un hidalgo de provincia afectado por la «vulgarización» de la sociedad. Aunque tres años después recuperará su deuda con el hispanismo a través de *Nuestro Señor Don Quijote* (1913), en 1910 el inmigrante judío opta, en cambio, por una solución al mismo tiempo adecuada al horizonte ideológico liberal de los círculos dirigentes del país a los que ya se había acercado y conforme a su biografía personal; adapta, desde su perspectiva, uno de los nuevos ideogramas de legitimación forjados por los patricios modernizadores como respuesta al tráfago urbano, mercantilista: el de la exaltación del interior del país como espacio que conserva el ideal tradicional del «alma nacional». En el escenario de la provincia de Entre Ríos describe a sus paisanos rusos como «gauchos», idealizando así no sólo el campo como región incontaminada, sino también resaltando su laboriosa acción como agentes del desarrollo económico nacional.

En *La identidad judía en la literatura argentina*, Leonardo Senkman puntualizó una de las estrategias más notables que Gerchunoff utiliza «para ostentar una identidad que buscaba legitimarse y ser legitimada» (201). El crítico ha señalado que aún a pesar de los artículos escritos por Gerchunoff en la etapa de recrudescimiento del fascismo y el nazismo en los años 30 y 40, su inalterable filocristianismo e hispanismo literario, acordes al horizonte ideológico de su época, son el índice más claro de una impertérrita adhesión al ideario de la república liberal (200). Asimismo, con el propósito de destacar otros movimientos estratégicos que Gerchunoff realizó

<sup>1</sup> Cf. Edna Aizenberg, «Parricide on the Pampa: Deconstructing Gerchunoff and His Jewish Gauchos», *Folio 17* (1987): 24-39; Naomi Lindstrom, «Alberto Gerchunoff: Rhapsodizing a Jewish New World», *Jewish Issues in Argentine Literature* (Columbia: University of Missouri Press, 1989): 51-60; Gladys Onega, *La inmigración en la literatura argentina 1880-1910* (Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral, 1965): 123-125; Saúl Sosnowski, «Contemporary Jewish-Argentine Writers: Tradition and Politics», *Latin American Literary Review* 6.12 (1978): 1-4; David Viñas, «Gerchunoff: Gauchos judíos y xenofobia», *Literatura argentina y realidad política* (Buenos Aires: Jorge Alvarez, 1964): 336-361; y el número especial de la revista *Davar* 31-32-33 (1951), dedicado a la memoria de Alberto Gerchunoff.

como signo de su adhesión a las figuras más destacadas del campo cultural argentino, recuerda tanto los notorios silencios que el autor mantuvo hacia algunos de los hechos decisivos que, en su momento, comprometieron dramáticamente la situación de los judíos en la Argentina, como sus constantes retornos a *La Nación*, su «hogar» intelectual.

El texto de Senkman prueba cómo a través de la tradición que recupera de Europa la lengua de Cervantes y la conversión religiosa de Heinrich Heine y Baruj de Spinoza, Gerchunoff procesó los temas ideológicos que atravesaban el debate intelectual del Centenario para «presentar sus respetables credenciales» ante Ricardo Rojas, Roberto Payró, Leopoldo Lugones y Manuel Gálvez –los «herederos y amanuenses ideológicos» de los «*gentlemen* intelectuales del 80» (213). Sin embargo, una descripción exhaustiva de los referentes culturales en relación a los cuales se define el proyecto creador de Gerchunoff evidencia de inmediato que su liberalismo político encuentra no sólo fundamento en una tradición europea sino también en otra específicamente *local*, que opera a la vez como término opuesto y complementario de la primera. Senkman omite en su análisis este otro conjunto textual, a la vez tan importante y eficaz como el europeo en la serie de construcciones «míticas» con las que el liberalismo respondió al debate del momento: es el que tiene que ver con lo telúrico «provincial» y remite a los nombres de Martiniano Leguizamón, el prologuista de la primera edición de *Los gauchos judíos*, y Olegario V. Andrade, el poeta civil de la generación del 80.

Se trata aquí del estudio del *otro lado* de un proyecto construido sobre referentes intelectuales que le permiten reafirmar simbólicamente su fidelidad a un modelo de nación al que los judíos pudieran integrarse. En efecto: estas figuras sirven para apuntalar aspectos diferentes de su lucha en favor del liberalismo. Admiradores profundos de Justo José de Urquiza, el vencedor de Rosas en la batalla de Caseros (1852), Leguizamón, por un lado, está ligado al proyecto creador de Gerchunoff por cuestiones principalmente «sociológicas» –ya que permite describir las estrategias del autor relacionadas con su lucha por el ingreso en el campo cultural del Centenario a través de *Los gauchos judíos*–; Andrade, en cambio, aparece al final de la vida del autor vinculado a una dimensión específicamente «simbólica» –en la medida que constituye el emblema con que *Entre Ríos, mi país* responde a episodios políticos de la década de 1940. Se trata, en definitiva, de la construcción de una paternidad textual en cuyo seno se enconde un fuerte deseo de filiación en el que se cruzan lo político-ideológico y lo estético-literario; deseo de filiación que articula una identidad cultural a través de un proyecto creador.